

# es

## Escuela Social de Tudela y la Ribera

CURSO 2018 – 2019

TEMA GENERAL

APORTACIONES ANTE ALGUNOS DILEMAS  
DE NUESTRA SOCIEDAD

# 3

<b>Diciembre/ Año 2018</b>	<b>TEMA</b>	<b>PONENTE</b>
<b>Martes, 11 Hora: 8 tarde</b>	<b>¿QUÉ ES POPULISMO?</b>	<b>Eugenio del Río</b> Político e intelectual de izquierdas, uno de los fundadores del Movimiento Comunista y actualmente activista de Acción en Red.

**ORGANIZA**

**Fundación Acción Solidaria**

<http://www.fundacionaccionsolidaria.es/>

Facebook: [www Facebook.com/Escuela-Socialde-](http://www.facebook.com/Escuela-Socialde-Tudela-y-la-Ribera-1527087614194115)

[Tudela-y-la-Ribera-1527087614194115](http://www.facebook.com/Escuela-Socialde-Tudela-y-la-Ribera-1527087614194115)

Email: [fas.tudela@gmail.com](mailto:fas.tudela@gmail.com)

Palacio Decanal – Plaza San Jaime, 2

31500 Tudela

**De 8,00 a 9,30 de la tarde**

## **Si los populistas son el problema, ¿cuál es la solución?**

**La rabia contra un sistema que ha beneficiado a unos pocos mueve a las sociedades que apoyan los estilos trumpianos (Trump).**

Por Antón Costas

**El estilo de Trump** se propaga a otros países. **El último seguidor es Jair Bolsonaro en Brasil.** Pero vendrán más, porque su probable triunfo tendrá efectos en otros países de la región. Sucederá lo mismo en otros continentes, incluido Europa, donde las elecciones de mayo próximo pueden fortalecer muchos liderazgos de este tipo. Incluso en España. Trump da luz verde a los nuevos “hombres fuertes”, a los nuevos dictadores. Estamos ante una nueva internacional nacionalista populista.

**El estilo trumpiano (Trump)** es políticamente autoritario y socialmente divisivo. Se apoya en la demonización de los progresistas y en teorías conspirativas. Su objetivo fundamental es deslegitimar el sistema político liberal y sus instituciones básicas. Por eso está penetrando en las instituciones, como el sistema judicial.

La propagación de este estilo no es circunstancial. **Estamos ante un viraje del péndulo del ciclo político que lleva del liberalismo cosmopolita de las últimas tres décadas a un nuevo populismo nacionalista.** Los regímenes políticos que trae este viraje no están basados en el juego competitivo de los partidos, sino en movimientos nacionales al servicio de esos “hombres fuertes”. Gobernantes autoritarios que se presentan a los ciudadanos como personas ajenas al sistema político tradicional y les prometen acabar con la globalización y el cosmopolitismo, revertir las políticas liberales de apoyo a las minorías, así como terminar con la corrupción política que ha acompañado al sistema parlamentario.

**Si las élites no aceptan su gran responsabilidad en el ascenso de los líderes autoritarios, no podrán ser derrotados.**

La reacción hasta ahora de los progresistas ha consistido en demonizar a los populistas. Y en advertir a la sociedad de los peligros que corre la democracia, la convivencia social y el orden político económico liberal vigente desde la posguerra. Pero a pesar de esas advertencias el apoyo a los populistas no deja de aumentar. El motivo posiblemente es que para muchas personas la alternativa no puede ser el seguir votando a partidos y dirigentes que consideran corruptos y capturados por la nueva aristocracia del dinero surgida al calor de la globalización, las privatizaciones y el cosmopolitismo liberal y socialdemócrata de las “terceras vías” de los años noventa.

**Más que elegir a los populistas, lo que hacen muchos es rechazar el viejo y corrupto sistema político y un tipo de economía que juega en su contra.**

La indignación de los progresistas contra los populistas está muy bien, pero no es suficiente para derrotarlos en las elecciones. La razón es que no están planteando bien la batalla. El problema no son los populistas, sino saber por qué tantas personas los apoyan pese a los riesgos que significan.

La razón de ese apoyo es, a mi juicio, la rabia que mueve a una gran parte de las sociedades contra un sistema que propició un crecimiento económico que ha beneficiado sólo a un puñado de gente muy rica y ha traído desigualdad y corrupción. Y que, a la vez, impulsó un cosmopolitismo que ahora es visto como una amenaza para los distintos estilos de vida que hay dentro de las sociedades nacionales. En el elegante ambiente de las reuniones de Davos, estas cuestiones no estaban presentes.

Mientras las élites no acepten que tienen una importante responsabilidad en el ascenso de los populistas, difícilmente se conseguirá derrotarlos. En este escenario político de ascenso de la extrema derecha, el triunfo de Emmanuel Macron en Francia —o el Gobierno socialista de Pedro Sánchez— puede ser el canto del cisne antes del triunfo total del populismo en Europa.

Este ascenso de los populistas autoritarios presagia un futuro negro para la democracia y la convivencia social, pero refleja también la existencia de un profundo deseo de cambio en nuestras sociedades. Este deseo de cambio es el espíritu de nuestra década. Los populistas lo han sabido captar y lo manipulan a su favor.

Este deseo de cambio es el reto al que tienen que enfrentarse los progresistas si quieren derrotar a los populistas. La experiencia de los años veinte y treinta es ilustrativa. También entonces había una fuerte demanda de cambio para acabar con un sistema político dominado por la aristocracia de la tierra. Su resistencia al cambio propició el ascenso del fascismo.

Sólo el recién elegido presidente de Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt supo dar una respuesta progresista con el *new deal*, **del nuevo contrato social**. Con él derrotó a los populistas y salvó a la democracia norteamericana, mientras Europa naufragaba. Ese vuelve a ser hoy el reto de los progresistas.

## Política, pesimismo y populismo

**Para superar la presión populista se necesitan políticas pragmáticas para resolver problemas inmediatos y convencer a los ciudadanos de que la democracia ofrece la vía más prometedora hacia un futuro mejor**

Por Sheri Berman

El ascenso del populismo de extrema derecha es el problema actual más acuciante de Europa. Numerosos analistas hemos vinculado ese ascenso al declive de la socialdemocracia y del centro-izquierda: muchos de sus votantes tradicionales votan hoy a partidos populistas; la aceptación, por parte de la socialdemocracia, de un neoliberalismo “**más amable**” abrió un espacio político que los **populistas** han ocupado con su utilización xenófoba del Estado de bienestar; y el declive electoral socialdemócrata ha impedido formar Gobiernos con mayoría de izquierdas y, en muchos países europeos, con una mayoría estable, sin más. Como consecuencia, es más difícil resolver los problemas, y eso alimenta la insatisfacción y el populismo. Pero el nexo más fundamental es otro: la pérdida del sentimiento de lo posible que la socialdemocracia inspiró en la democracia liberal de posguerra.

La socialdemocracia fue la ideología más idealista y optimista de la era moderna. A diferencia de los liberales —que creían que “**el gobierno de las masas**” desembocaría en el fin de la propiedad privada, la tiranía de la mayoría y otros horrores similares, y por eso eran partidarios de limitar el alcance de la política democrática— y los comunistas —que decían que para crear un mundo mejor había que destruir el capitalismo y la democracia “**burguesa**”—, los socialdemócratas insistían en el inmenso poder transformador y progresista de la democracia: podía mejorar las cualidades del capitalismo, minimizar sus inconvenientes y construir unas sociedades más prósperas y justas.

Estas ideas habían nacido en el periodo de entreguerras, cuando la democracia estaba amenazada por algo mucho más peligroso que el populismo actual: **el fascismo**.

**El populismo vende una política del miedo y dice que los demás partidos conducen a sus países al desastre.**

En Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt se dio cuenta de que, además de las consecuencias económicas de la Gran Depresión, debía afrontar el temor a que la democracia se encaminara hacia el “**vertedero de la historia**” y las dictaduras fascistas y comunistas fueran el futuro. Para ello necesitaba soluciones prácticas a los problemas del momento y la capacidad de convencer a los ciudadanos de que la democracia seguía siendo el mejor sistema para construir un futuro mejor. Como dijo en su primera toma de posesión: “En comparación con los peligros que nuestros antepasados vencieron porque estaban convencidos de que no tenían miedo, tenemos mucho que agradecer... [Nuestros problemas no son irresolubles, existen] porque han fallado los gobernantes por su obstinación y su incompetencia... Asumo sin vacilar la dirección de este gran ejército de personas decididas a atacar disciplinadamente a nuestros problemas comunes... **Lo único a lo que debemos temer es el propio miedo**”.

Rasgos similares tuvo el otro gran éxito del centro-izquierda en esa época, **Suecia**. Consciente del peligro que suponían los Gobiernos de minoría inestables que había tenido el país entre las dos guerras, el poder creciente del fascismo y la Gran Depresión, el Partido Socialdemócrata (SAP) elaboró una nueva visión de la relación entre el Estado y el capitalismo, que culminó en su famosa defensa del “**keynesianismo antes de Keynes**”. Igual que Roosevelt, ofrecía a los votantes, soluciones concretas para problemas inmediatos junto al compromiso de crear un mundo mejor.

Durante la campaña electoral de 1932, un periódico del partido declaraba: “La humanidad tiene su destino en sus propias manos... Si la burguesía predica la laxitud y la sumisión al destino, nosotros apelamos al deseo de creatividad de cada uno, conscientes de que podemos y lograremos construir un sistema social en el que los frutos del trabajo beneficien a quienes están dispuestos a participar en la tarea común”. Además, el partido prometía convertir Suecia en un *Folkhemmet*, un “hogar para el pueblo”: un país en el que no habría “privilegiados ni abandonados, gobernantes ni dependientes, saqueadores ni saqueados”. El SAP se hizo famoso por sus apasionantes planes para construir un mundo mejor.

Después de 1945, los partidos socialdemócratas, en general, aceptaron las políticas propuestas por Roosevelt y el SAP. Irónicamente, el que lograran estabilizar la democracia capitalista empujó a muchos a tener una perspectiva tecnocrática, más que transformativa, del trabajo de la izquierda. Esta tendencia culminó a finales del siglo XX con líderes como Blair, Clinton y Schröder, que pensaban que los proyectos de transformación eran algo obsoleto o incluso peligroso y que el objetivo de la izquierda debía ser administrar la democracia capitalista mejor que la derecha. Los riesgos de esa postura los reconoció el propio Blair, que, en un discurso de 2002, dijo que “a veces, puede parecer que [LA POLÍTICA] se ha convertido en un mero ejercicio tecnocrático... más o menos bien dirigido, pero sin un propósito moral general”.

Cuando las cosas van bien, una política así puede ser suficiente. Cuando van mal se extiende la opinión de que los Gobiernos no quieren o no pueden cambiar el *statu quo*, y eso genera insatisfacción con la democracia. **Y ahí interviene el populismo.**

El populismo vende una política del miedo —al crimen, al terrorismo, al paro, al declive económico, a la pérdida de los valores nacionales— y asegura que los demás partidos conducen a sus países al desastre. Los sondeos dejan claro que los votantes populistas son muy pesimistas: creen que cualquier tiempo pasado fue mejor y están muy preocupados por el futuro. El pesimismo se ha generalizado en las sociedades occidentales. Una encuesta reciente de PEW reveló que, aunque cada vez más ciudadanos europeos creen que la situación económica de sus países es mucho mejor que hace 10 años, eso no hace que sean más optimistas sobre el futuro. En muchos casos, la diferencia entre la experiencia y la expectativa es cada vez mayor.

En Holanda, Suecia y Alemania, por ejemplo, el 80%, aproximadamente, dice que la economía va bien, pero menos del 40% cree que la siguiente generación vaya a vivir mejor que sus padres. Estas respuestas reflejan una realidad inquietante: las opiniones de la gente, sobre todo en épocas de cambio e incertidumbre, se basan más en emociones que en factores racionales. Por eso, Roosevelt, el SAP y otros socialdemócratas comprendieron que, para que prosperaran el centro-izquierda y la democracia hacían falta no solo soluciones inmediatas, sino también una visión optimista que contrarrestara la visión distópica de los populistas.

Es lo que ofreció la socialdemocracia en la posguerra. Frente al comunismo y el liberalismo, predicó que, si todos trabajaban juntos, podrían utilizar el Estado democrático para convertir el mundo en un lugar mejor. **Los problemas del siglo XXI tienen otro aspecto, pero no son diferentes.** Lo que se necesita es una combinación de políticas pragmáticas capaces de resolver retos como las desigualdades económicas, la lentitud del crecimiento y los cambios sociales y culturales desconcertantes, con la capacidad de convencer a los ciudadanos de que la democracia liberal ofrece la vía más prometedora hacia un futuro mejor. El ascenso de políticos tan distintos como Trump, Corbyn y Macron demuestra que muchos ciudadanos desean contar con líderes que digan que la política es importante y que el cambio es posible si hay voluntad. **Si los partidos de centro-izquierda no saben responder a ese anhelo, los votantes acudirán a otros que sí lo hagan, y las consecuencias para el destino de la democracia liberal pueden ser terribles.**

**Sheri Berman** es profesora de Ciencia Política en la Universidad de Columbia.

Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia.

## “Me preocupa el populismo en casi todos los países de la UE”

### El primer ministro finlandés rechaza en Madrid la política de bloqueo a los extremistas

Belén Domínguez Cebrián

**A Finlandia le inquieta el auge de la extrema derecha en Europa.** Juha Sipilä (Veletí, 1961) es primer ministro del país nórdico desde 2015 y prevé presentarse otra vez en los próximos comicios parlamentarios de abril de 2019 por el Partido de Centro (de corte liberal), justo un mes antes de unas elecciones europeas decisivas para el futuro de la Unión. Sipilä dice estar preocupado por **"el extremismo y el populismo en casi todos los países de la UE"**, dice en una entrevista el pasado jueves en Madrid con EL PAÍS en el marco de una visita oficial preparatoria de su presidencia rotatoria de la UE que tendrá lugar durante la segunda mitad de 2019.

"La situación es especial en Suecia y hay dificultades en Italia. Formar un Gobierno en España fue doloroso, y en Alemania la situación es mucho más difícil que hace unos años", enumera en referencia a los obstáculos que encuentran los partidos tradicionales para formar Gobiernos estables. Sipilä, que hace tres años tomó la decisión de incluir a los xenófobos Verdaderos Finlandeses (VF) en su Gobierno por haber sido la segunda fuerza más votada, **critica la política de bloqueos que está llevando a cabo Suecia tras unos resultados inéditos en los comicios del pasado 9 de septiembre.** "En Finlandia, nuestra actitud hacia los partidos populistas [VF] es que ellos también tienen que tener responsabilidades en el Gobierno (...) **Darles responsabilidad es algo que está también en la opinión pública**", justifica.

Defiende que es un asunto doméstico, de Estocolmo, pero explica que en sociedades donde hay una arraigada tradición de Gobiernos de coalición como son las nórdicas, la política de bloqueos, en este caso a los Demócratas Suecos —sobre los que pesó durante años un cordón sanitario (aislamiento pactado) por parte de los partidos del *establishment*—, no funciona. En Finlandia hizo falta sólo media legislatura para que los VF quedaran finalmente relegados a un segundo plano del Ejecutivo. "Los populistas ofrecen soluciones simples a problemas muy complejos. Pero esto, cuando estás en el Gobierno, no es tan fácil", explica.

Hay que ir más allá y analizar de dónde viene el populismo y, sobre todo, el incremento de su apoyo a lo largo y ancho del continente. Sipilä aboga por que los Gobiernos se **"miren al espejo"** y se pregunten por qué el proceso de toma de decisiones —de cada Estado miembro y de la UE— ha sido tan lento. "¿Por qué no se han hecho las reformas necesarias? ¿Por qué no se ha solucionado la crisis migratoria?", dice para concluir: "La mejor herramienta para combatir el populismo es acelerar en las reformas".

### La cuestión de la OTAN

El actual primer ministro pretende repetir mandato en 2019. Unas elecciones en las que convocar un referéndum de pertenencia a la OTAN no está entre sus prioridades, como el combatir el cambio climático o la economía digital, confiesa. "No lo necesitamos [una consulta sobre entrar en la Alianza Atlántica]". En su opinión, la mejor postura para Finlandia es la de ser un país no alineado con la OTAN (aunque sí colaboren juntos), que mantiene una estrecha colaboración con Suecia (que tampoco pertenece a la organización militar), y que ha sabido mantener una relación estable con Rusia, con la que comparte una frontera de algo más de 1.300 kilómetros de longitud.

A pesar de que el país se ha dejado algo menos del 1% del PIB por culpa de las sanciones económicas interpuestas por Bruselas a la UE —que Sipilä apoya "al 110%", dice al tiempo que condena firmemente la anexión de Crimea en 2014—,

Finlandia ha encontrado ya nuevos mercados en China y Japón donde colocar los productos que antes se comercializaban en Rusia, como por ejemplo la leche, bien por el que el país ha calculado unas pérdidas de unos 100 millones de euros, según el Ministerio de Economía. Helsinki, sin embargo, quiere volver a la senda del diálogo entre Bruselas y Moscú y el primer ministro pide más entre ambos bloques. "Me reuní la semana pasada con Medvédev [Dmitri Medvédev, primer ministro ruso]. El diálogo es importante", ilustra lacónico.

## **Dudas sobre Italia**

Italia es demasiado grande para caer y demasiado grande para ser rescatado, reconoce Sipilä al ser preguntado. Finlandia pertenece al ala de los países más duros del club del euro que, liderados por Holanda, tienen reticencias a una reforma de la moneda única que predica el presidente francés, Emmanuel Macron.

Helsinki —de manos del exministro de Finanzas, Alexander Stubb, hoy candidato del Partido Popular Europeo (PPE) a presidir la Comisión, junto al alemán Manfred Weber—, ya fue duro durante la crisis griega y los sucesivos rescates financieros al país heleno, y hoy tiene dudas sobre el plan presupuestario de Italia.

"Va en contra de nuestra mentalidad", resume. Sipilä explica que, precisamente dado el buen ciclo económico por el que atraviesa la eurozona, este sería el momento adecuado para hacer reformas "**difíciles**". Es decir, ajustarse el cinturón. "La situación económica ayuda a tomar decisiones difíciles". Y no a dibujar cuentas expansivas, como hizo Roma la semana pasada.

Ante el plan de déficit del Gobierno populista italiano de la Liga, liderada por Matteo Salvini, y el Movimiento 5 Estrellas (M5S), por Luigi Di Maio, de establecer un déficit del 2,4% —en contra del 1,6% que sugería Bruselas—, el mandatario finlandés es escéptico: "Si los Estado miembros no cumplen con lo que han establecido de manera conjunta, es imposible llevar a cabo reformas", zanja

## **Juha Sipilä - Primer Ministro Finlandés**

## El populismo identitario y sus cómplices

*Los dirigentes populistas tienen la complicidad de los partidos clásicos, que asumen parte de su agenda para disimular su impotencia.*

**POR JOSEP RAMONEDA**

Vivimos en un universo comunicacional tan acelerado como simplificador. Se crean etiquetas de fácil consumo al precio de que abunden los retratos de brocha gorda. Y así los tópicos se propagan y la realidad se hace cada vez más opaca. Un tópico recurrente es el que sitúa a la inmigración y a la seguridad (especialmente a cuenta del terrorismo islamista) como principales caldos cultivo del llamado populismo. Si ya este término —que pretende abarcar cosas tan diversas como el Brexit y Podemos, como la Liga Norte y el soberanismo catalán— es de escasa virtualidad descriptiva, las causas que se le atribuyen son más contestables todavía.

El Pew Center Research de Washington publicó en julio una encuesta sobre el llamado **populismo en Europa** que desmonta los tópicos más usuales. Su conclusión es que la principal causa que mueve a la ciudadanía hacia posiciones populistas no es ni la seguridad, ni la inmigración, ni las cuestiones identitarias y culturales, como acostumbra a darse por supuesto. Es el sentimiento de muchas personas de estar privadas de poder, de que no se les escucha ni se les tiene en cuenta, es decir, la desconfianza en las instituciones: gobiernos, parlamentos, y poderes contramayoritarios (bancos centrales, FMI, y demás).

Puede discutirse el método de la encuesta que parte de una división del espectro político en dos bloques: **populistas y clásicos**. Las encuestas son forzosamente simplificadoras, pero sirven por su valor indiciario. Y, en este caso, se confirman los engaños que están en la propia construcción de la categoría de populismo, que no es un concepto científico sino un útil ideológico.

En el fondo sólo pretende identificar a aquellas organizaciones que al decir de los poderes establecidos no tienen los puntos necesarios en su carnet para ser admitidos en el club que monopoliza el poder político. A pesar de ello, ya se les han colado unos cuantos: Italia, Polonia y Hungría son la prueba. Y no es extraño: según la encuesta la tasa de confianza de los italianos en su parlamento apenas supera el 25 por ciento.

El 66 por ciento (frente a un 28 por ciento) de los europeos piensan que los emigrantes hacen la economía más fuerte con su trabajo y no les identifican con la amenaza terrorista. Naturalmente, estas cifras se invierten en el fragmento populista, hasta un rechazo del 50 por ciento en el caso francés y del 70 en el italiano. ¿Cuál es la conclusión? El rechazo a la inmigración, la magnificación de los valores identitarios y culturales, o la cuestión de la seguridad, son las banderas utilizadas para encuadrar y capitalizar políticamente este malestar, pero la causa primera y principal es la pérdida de empoderamiento de la ciudadanía, que desconfía de la utilidad de su voto, que se siente abandonada por unos dirigentes políticos limitados por los intereses del poder económico, que tiene la sensación de que ni se le escucha ni se le atiende y que no ve un horizonte de confianza.

Es ante esta inseguridad que una parte de la ciudadanía se entrega a las banderas de siempre, la fabulación sobre lo propio y el rechazo del otro.



Y en esta tarea los dirigentes populistas encuentran la complicidad de los partidos clásicos que acaban asumiendo parte de su agenda como único recurso para disimular su impotencia, sabedores de que el miedo es el sentimiento más fácil de expandir y que tiene efecto de dominación en la medida en que paraliza al que lo sufre, le hace cautivo de la demagogia. Con lo cual el proceso de degradación no tiene límite. Y es así como el populismo de extrema derecha se propaga y contamina toda Europa.

Hay que asumir el mensaje. Y responder democráticamente, empezando por denunciar la actitud acomodaticia de los gobiernos europeos. Es la impotencia de la política para defender los intereses de los ciudadanos el origen del malestar. Y es la política la que contribuye a las respuestas regresivas para tratar de disimular su incapacidad. Impotente para poner límites al poder económico, lo que le queda es la propagación del miedo y la restricción de derechos y libertades.

Y, sobre todo, la magnificación interesada de dos problemas como la seguridad y la inmigración que en ningún sentido amenazan a las sociedades europeas. Salvo que éstas se lo acaben creyendo. Con la complicidad de los que gobiernan.

## Pero ¿qué es el populismo?

*La palabra populismo se ha convertido en un significante sin significado que sirve en interminables artículos de prensa e intervenciones en televisión para designar una cosa, la contraria y, a menudo, cualquier cosa.*

Hugo Chávez? Populista. ¿Marine Le Pen? Populista. ¿Mélenchon, Donald Trump, Putin, el zapatismo y el 'brexit'? Populistas. Hay de qué sorprenderse: la palabra **populismo** se ha convertido en un significante sin significado que sirve en interminables artículos de prensa e intervenciones en televisión para designar una cosa, la contraria y, a menudo, cualquier cosa. De la izquierda radical a la extrema derecha, a cualquiera que ataque el sistema económico y político establecido se le cuelga la etiqueta, considerada un insulto —“**¡El populismo, ése es el enemigo!**”, ironizaba Serge Halimi en las páginas de *Le Monde Diplomatique* en 1996. Sin embargo, la palabra tiene una rica historia social tanto en Rusia como en Estados Unidos, los primeros países que vieron nacer movimientos que lo reivindicaban. En este momento en que el tan discutido “**populismo de izquierdas**” se hace un cómodo hueco en el espacio político, se impone un retorno a los orígenes, sintético y sereno.

El pasado 7 de enero, en las ondas de RTL Emmanuel Macron se vio tratado de **populista** por el presidente del Senado, Gérard Larcher. Este último considera la voluntad de limitar a tres el número de mandatos de los senadores como un “artilugio” político que amenaza con “alimentar el populismo”. Encarnación de los altos funcionarios del Estado, ex del banco Rothschild, el presidente de la República francesa no presenta ni por asomo un perfil del “populista”. Si la salida de Larcher puede sorprender a primera vista, no hay que echarse las manos a la cabeza. En un editorial de *Le Monde*, el periodista Alain Frachon se sorprende de que a pesar de la “recuperación del crecimiento económico”, el populismo no descende. Y amalgamar bajo este vocablo movimientos tan diversos como numerosos. ¿La “ultraderecha eurogruñona” en el poder en Polonia y en Hungría? ¿El poder estadounidense? ¿El movimiento independentista catalán? Populistas, por supuesto. La revista liberal *Contrepoints* fustiga, por su parte, en una sutil alusión a la China maoísta, “el pequeño libro rojo del perfecto populista” de Jean-Luc Mélenchon.

¿De dónde viene entonces este concepto, especialmente de moda desde hace algunos años? Aparece por primera vez utilizada en el sentido corriente que le damos hoy en día en 1984 en la pluma del politólogo Pierre-André Taguieff: la define como una “**solución autoritaria**” basada en el carisma de un jefe y caracterizada por la llamada al pueblo contra las élites oligárquicas. Denunciada por la socióloga Annie Collovald por su pobreza conceptual, la noción de populismo está caracterizada por una extrema vaguedad que le permite confundir movimientos procedentes de todo el espectro político. ¿A qué pertinencia científica puede aspirar una noción que mete en el mismo saco formaciones tan radicalmente diferentes como el Partido Comunista francés, el movimiento independentista catalán, la extrema derecha húngara o el Partido Republicano estadounidense?

Como señala el historiador Guillaume Roubaud-Quashie, “desde un simple punto de vista descriptivo, meter a Marine Le Pen y Hugo Chávez en la misma categoría política no es un progreso del pensamiento político... Son pensamientos profundamente diferentes, así que forjar una palabra que explica que son lo mismo es una regresión sobre el plano intelectual”. La vaguedad de la noción es voluntaria, porque le permite desacreditar cualquier voluntad de cambio radical del sistema económico y político establecido.

Como apunta el filósofo Jacques Rancière, **la noción de populismo se articula en torno a tres ejes principales:** una retórica que se dirige directamente al pueblo, sin pasar por sus representantes; la denuncia de la corrupción de las élites dirigentes; un discurso identitario que expresa el rechazo y el miedo a los extranjeros. Así, este término no sirve para designar una fuerza política en particular sino que “se aprovecha de las amalgamas que permite realizar entre fuerzas políticas que van de la extrema derecha a la izquierda radical. [...] sirve simplemente para dibujar la imagen de un cierto pueblo”.

En efecto, la noción de populismo da la imagen de un pueblo “caracterizado por una temible aleación de una capacidad —el poder bruto de las masas— y de una incapacidad— la ignorancia atribuida a estas mismas masas”. Vehicula también el cliché de un pueblo intrínsecamente xenófobo, “una jauría guiada por una pulsión primaria de rechazo contra los gobernantes a quienes califica de traidores, incapaz de comprender la complejidad de los mecanismos políticos, y contra los extranjeros a quienes teme por un apego atávico a un estilo de vida amenazado por la evolución demográfica, económica y social”.

La noción de populismo, tal y como la emplean los medios mainstreams y la mayor parte de los actores políticos, no es en realidad más que el avatar más reciente de una desconfianza secular en el pueblo. Ya en la segunda mitad del siglo XIX, los promotores de la psicología de las masas Hyppolyte Taine y Gustave Le Bon veían al pueblo como una masa estúpida y gregaria, susceptible de seguir a cualquier líder que apelara de forma demagógica a sus supuestos bajos instintos. Pero el término populismo no se empleaba en este sentido en esa época, porque servía para designar una realidad muy diferente.

## **EL POPULISMO HISTÓRICO: EL CASO RUSO Y ESTADOUNIDENSE**

En el siglo XIX y a principios del XX el término sirve, en efecto, para describir fuerzas políticas con contornos bien definidos. En Rusia se conoce bajo el nombre de *narodnichestvo* y designa el movimiento de oposición de una parte de los intelectuales rusos al zarismo. Salidos de la clase media, impregnados de cultura occidental y conscientes del retraso económico de su país respecto a Europa Occidental, estos militantes se imponen como objetivo la educación del campesinado a través de una “cruzada hacia el pueblo” basada en una agitación política del campo.

El fracaso es total: perseguidos sin piedad por la policía, los populistas se enfrentan a la desconfianza de los campesinos. Frente a este revés el movimiento populista se escinde en dos tendencias: el grupo La Voluntad del Pueblo, partidario de la propaganda por el hecho y de la violencia revolucionaria (responsable del asesinato del zar Alejandro II en 1882); la organización Reparto Negro, que aglutina a los promotores de la agitación política. De esta última nacerán dos de los principales actores de las revoluciones de febrero y octubre de 1917: el Partido de los Constitucionales-Demócratas (reformistas favorables a la instauración de un parlamentarismo) y el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. El movimiento populista firma así la partida de nacimiento de la izquierda política en Rusia. Reagrupa en su seno a los ancestros de las principales fuerzas políticas de izquierda que tomarán impulso a finales del siglo XIX y principios del XX: liberales, socialistas y anarquistas.

En Estados Unidos el populismo nace a finales del siglo XIX. Movimiento rural, adquiere notoriedad en el contexto de la Gran Depresión de 1873 que golpea con dureza el campo. Los granjeros ven desplomarse su nivel de vida con la doble acción de la caída de los precios agrícolas y el alza del precio de los productos manufacturados. La especulación inmobiliaria y el aumento de las tarifas ferroviarias abocan a los rurales al crédito, dejándoles en manos de los bancos. El campesinado comienza a organizarse principalmente a través de la creación de las Granjas, una suerte de cooperativas que reagrupan a 800.000 miembros en 1875 en el oeste y el sur. En Iowa, Wisconsin, Minnesota e Illinois, mayorías políticas locales favorables a las Granjas consiguen ser elegidas. A principios de la década de 1890, una alianza de cooperativas funda el Partido Populista, con un programa radical: nacionalización de los ferrocarriles, creación de un impuesto de la renta progresivo, oferta ilimitada de moneda (contra la moneda escasa que aumenta el precio de los préstamos), voto secreto, recurso al referéndum. “¡El Pueblo está acorralado! que los sabuesos del dinero que nos acorralan tengan cuidado!”, advierte por entonces una de sus militantes para denunciar el poder “de Wall Street”. James Weaver, candidato del partido a las elecciones presidenciales de 1892, consigue reunir un millón de votos entre los 12 millones de sufragios totales. En las legislativas de 1894 el partido consigue 1,5 millones de votos y obtiene siete representantes. Es sin embargo el principio del fin para los populistas estadounidenses: el Partido Demócrata consigue recuperar la mayor parte de la bases militantes del Partido Populista integrando en su programa algunas de sus reivindicaciones. En las presidenciales de 1896, el candidato populista se retira a favor de William Jennings Bruan, figura del ala izquierda de los demócratas.

Desde una perspectiva histórica, el término de “populismo” designa fenómenos políticos específicos. En Rusia es una tentativa de politización popular llevada a cabo por intelectuales salidos de la clase media propugnando un programa de reformas claro: la instauración de libertades políticas esenciales, parlamentarismo, reforma agraria... En Estados Unidos es un movimiento puramente popular que ve cómo centenares de miles de campesinos se organizan en cooperativas antes de desembocar en una vía institucional con la creación del Partido Populista.

Tanto en el caso ruso como en el ejemplo estadounidense, el término populismo no es un concepto y no describe una categoría política: describe una realidad específica. Antes de que analistas políticos como Pierre-André Taguieff se lo apropiaran para mezclar todos los movimientos que contestan el orden establecido, el término de populismo no estaba generalmente asociado a la izquierda (pensemos de hecho en el premio literario francés a la novela populista, creado en el periodo entre dos guerras para “acabar con los personajes de la buena sociedad”). Desde el principio de los años 80, un cierto número de intelectuales postmarxistas han intentado reapropiarse de este término cargado históricamente y darle una nueva consistencia conceptual con el objetivo de convertirlo en los cimientos de una renovación intelectual de la corriente progresista.

## **EL POPULISMO DE IZQUIERDAS: ¿QUÉ RENOVACIÓN TEÓRICA?**

En 1985 aparece la gran obra de los filósofos Ernesto Laclau y Chantal Mouffe *Hegemonía y estrategia socialista*, situado en la base de lo que se convertirá en el “**populismo de izquierdas**”. Estos dos intelectuales pertenecen a una corriente que podemos calificar de “post-marxista” —una de sus características es la crítica de la idea marxista según la cual la clase obrera tendría un interés fundamental en el socialismo. Dicho de otra forma, según los postmarxistas, la posición de un individuo en el sistema económico no determina en ningún caso su posicionamiento político: “La sociedad no puede ser concebida como el despliegue de una lógica que le sería ajena, sea cual sea el punto de partida de esta lógica: fuerzas productivas, espíritu absoluto como lo entendía Hegel, leyes de la historia u otros. Todo orden resulta de la articulación temporal y precaria de prácticas contingentes”. El marxismo ortodoxo es denunciado aquí como un esencialismo “que hacía de la existencia de ideas políticas la premisa a su articulación en el discurso” y “en el cual las identidades políticas dependían de la posición del actor social en las relaciones de producción”.

El populismo de izquierdas de **Mouffe y Laclau** es la respuesta a este supuesto error de los marxistas ortodoxos. Reposa sobre dos nociones esenciales: el antagonismo y la hegemonía. Anatanista (que enfrenta a dos enemigos) —o más bien agonística (dos adversarios)— la política lo es necesariamente: no puede escapar a la negatividad, recorrida como está por conflictos para los que simplemente no hay solución racional: al no existir un “bien común” en sí mismo, siempre habrá una lucha por su definición, la lucha agonística. Cualquier orden político y social es hegemónico al ser el resultado de “prácticas que buscan establecer un orden en un contexto de contingencia”.

Todo orden político es precario: es el resultado del trabajo hegemónico de una alianza de actores sociales. La influencia del pensador comunista italiano **Gramsci** sobre los populistas de izquierdas es aquí manifiesta: “Para conseguir establecer una hegemonía es necesario articular diferentes grupos creando entre ellos una voluntad colectiva”. La Revolución Francesa puede así ser descrita como la culminación de la alianza de la burguesía del tercer estado y de las clases populares de las ciudades y el campo -lo que Gramsci califica como “bloque histórico”.

¿Por qué, por consiguiente, los post-marxistas que son Mouffe y Laclau reivindican la etiqueta populista? Porque el objetivo de las fuerzas progresistas debe ser la construcción de un pueblo. El “pueblo”, para los dos filósofos, no existe simplemente en sí mismo: desde una perspectiva constructivista, debe ser creado por prácticas hegemónicas (relativas al discurso, principalmente). La construcción de una hegemonía, como subraya uno de los dirigentes de Podemos, Íñigo Errejón, pasa por tres etapas.

**En primer** lugar, la encarnación de lo universal por un particular: el grupo social que busca imponer su visión del mundo debe aparecer como el garante del interés general. La famosa teoría del goteo, muy popular a principios de los años '80, ilustra de maravilla este principio: según los economistas neoliberales, el dinero adjudicado a los más ricos a través de las bajadas de impuestos beneficiará a todo el mundo —lo que ahorran en impuestos los ricos, lo harán disfrutar a todos y cada uno gracias a las inversiones que podrán efectuar—. **Segunda** etapa hegemónica, la creación de un consentimiento: “Los que mandan son quienes tienen la capacidad de construir un consentimiento general en torno a su orientación y hacer que la gente vea el mundo a través de sus propios lentes, las palabras, los conceptos de los sectores dirigentes”.

**La tercera** y última etapa es la construcción del terreno en el que mantener el debate. En otros términos, el grupo social que intente establecer un orden hegemónico debe asegurarse de llevar a los adversarios a su propio terreno, obligarles a utilizar sus propias palabras, razonar en su marco de pensamiento. Margaret Thatcher, preguntada sobre el éxito político del que estaba más orgullosa, respondió que se trataba de “Tony Blair y el nuevo laborismo. Hemos obligado a nuestros adversarios a cambiar de opinión”. Para los populistas de izquierdas, las fuerzas progresistas deben adoptar esta estrategia hegemónica que el neoliberalismo ha sabido emplear perfectamente. Es el único medio de construir una alianza política y social susceptible de tomar el poder, conservarlo y hacer algo con él.

Desde una perspectiva agonística, el discurso de los populistas de izquierdas debe fundarse sobre la articulación de un “nosotros” (el pueblo, el 99%...) y de un “ellos” (la casta, la oligarquía, la pequeña élite política y económica en el poder). Solo esta articulación, claramente más eficaz que el discurso del antagonismo de clases del marxismo ortodoxo, es capaz de permitir conquistar el poder a las fuerzas de progreso. Esta renovación teórica ha conocido diferentes tentativas de traducción política.

El movimiento español Podemos es sin duda el ejemplo más llamativo. En el seno del partido, fuera los referentes tradicionales de la izquierda (ya sean las consignas, los colores y hasta el propio término de “izquierda”): estos códigos, desacreditados a su modo de ver por las políticas neoliberales de los socialistas españoles, deben abandonarse en beneficio del díptico “nosotros” / “ellos” que consideran mucho más movilizador. En Francia, la France Insoumise de Jean-Luc Mélenchon ha probado esta estrategia durante la última elección presidencial: desaparición de las banderas de partido a favor de los colores nacionales durante los mítines (expresión polémica de acento patriótico que la FI, como Podemos, no intenta disimular), virtual abandono de las referencias a “la izquierda” en favor de un discurso de denuncia de “la casta” o “la oligarquía”.

La estrategia populista —que irriga en este momento una parte significativa de la izquierda europea contemporánea, de Podemos a la France Insoumise, hasta el giro dado por el laborismo británico desde la elección de Jeremy Corbyn (mezclando retórica populista y referencias a la historia y a los códigos del viejo movimiento laborista pre-Tony Blair)— cuenta, por supuesto, con su cohorte de detractores; abundan las críticas. Sólo evocaremos aquí aquellas provenientes de la izquierda y más precisamente de la izquierda marxista. Si, para el antropólogo Jean-Loup Amselle, el populismo está intrínsecamente ligado al racismo y a la confusión “roji-parda”, el término de “pueblo” no puede, a los ojos del filósofo comunista **Alain Badiou**, tener más que dos significados, negativos, en las sociedades occidentales: el de un pueblo fundado sobre una identidad nacional o racial; el de un pueblo entendido como “clase media”, el pueblo del neoliberalismo, “libre de consumir los vanos productos con los que le atiborra el Capital”.

Así este término no puede en ningún caso ser un referente aceptable para las fuerzas progresistas, excepto en el caso de una lucha de liberación nacional —la lucha de clases por sí misma, fundada sobre la alianza de intereses objetivos, debe guiar la acción de izquierdas—. Guillaume Roubaud-Quashie, miembro del Partido Comunista francés, desarrolla una argumentación similar: el abandono de la referencia a las clases sociales en sí pertenece a un “postmodernismo característico del pensamiento de los años 80, un pensamiento por cierto muy envejecido: no hay realidad sino discursos insuperables. No hay interés objetivo de clase; de ahí la importancia acordada al término más vago de pueblo”.

## De Trump a Podemos: qué es exactamente el populismo

**El Brexit y las elecciones en Estados Unidos han llevado a la recuperación de un concepto confuso.**

Por Jordi Pérez Colomé - Kiko Llaneras

**El populismo** es un concepto muy repetido en 2016. Muchos parecen tener claro qué significa, pero no es tan evidente. El presidente Obama inició una reciente arenga sobre el populismo así: “No sé si alguien puede buscar en un diccionario la definición de populismo”, dijo. Sin que nadie le ayudara, terminó con una definición negativa: “Alguien que etiqueta nosotros contra ellos o usa retórica sobre cómo vamos a cuidarnos nosotros respecto a ellos no es la definición de populismo”, dijo Obama.

El presidente Obama se equivocaba. El consenso académico define el populismo exactamente así: “Es una ideología delgada que considera que la sociedad se divide en dos grupos homogéneos y antagónicos, la ‘**gente pura**’ y la ‘**élite corrupta**’”, dice **Cas Mudde**, profesor de la Universidad de Georgia. Este discurso presupone que “los dos grupos tienen intereses irreconciliables, lo que lleva a enfatizar la soberanía nacional o popular”, dice Luis Ramiro, profesor de la Universidad de Leicester. El político populista es entonces el único que representa la voz de todo el pueblo.

Con esa definición el populismo es un instrumento electoral o de poder. Su uso exitoso más reciente ha sido la campaña de Donald Trump: “La pregunta de mañana es: ¿quiénes queréis que gobierne América, la clase política corrupta o la gente?”, se preguntaba Trump en la noche preelectoral.

### MÁS INFORMACIÓN

En Europa el **Brexit** o el **auge del Frente Nacional** en Francia son otros ejemplos. En el sur de Europa, dos partidos de izquierda como **Syriza** y **Podemos** han usado esta distinción entre **pueblo y élites**. “Podemos plantea la necesidad de una identidad política nueva, un nosotros, que es fundamental en política, que ya no es izquierda derecha, sino pueblo-oligarquía, arriba-abajo, ciudadanía-casta”, dice **Jorge Lago**, responsable de la Fundación de Podemos Instituto 25M.

La estrategia del ellos contra nosotros sería la gran similitud entre los populismos: “Lo que Trump y Podemos tienen en común es su reivindicación de que las élites han fallado a la gente y han usurpado la democracia. Como resultado, dicen que el pueblo debe ‘recuperar su país’ votando por ellos”, dice **Duncan McDonnell**, profesor de la Universidad Griffith en Brisbane (Australia). En Podemos creen que este análisis es demasiado simple: “Desde el inicio de la crisis asistimos a un proceso incuestionable de oligarquización de la economía y la política. Pensar que solo por eso se es populista, es un análisis apresurado”, dice Lago.

Es posible por tanto hablar de un populismo genérico. Hay sin embargo dos grandes diferencias entre los populismos de derechas y de izquierdas. Primero, obviamente, las políticas: “Podemos y el Frente Nacional tienen en común que dirigen sus ataques contra una élite liberal que creen responsable de los problemas. Difieren en el tipo de problemas que identifican y enfatizan, y en las soluciones que ofrecen”, dice **Benjamin Stanley**, profesor en la Universidad SWPS de Varsovia (Polonia).

La segunda distinción entre populismos de izquierda y derecha es la definición de pueblo: “La manera en cómo se construye el pueblo es la principal diferencia entre ambos populismos”, dice **Chantal Mouffe**, que junto a **Ernesto Laclau** inició una corriente que reivindica el populismo y es citada repetidamente desde Podemos.

El pueblo puede ser un sujeto cívico o étnico. La derecha tiende a centrarse en el concepto étnico, de ahí su retórica sobre la inmigración.

La izquierda es más inclusiva. Rebaja su definición del “nosotros” a algo más etéreo: “En Podemos dicen que el populismo es una forma de retórica con la que construyes una forma de pueblo”, dice **Guillem Vidal**, investigador en el European University Institute en Florencia (Italia).

Aquí surge otra gran confusión sobre el concepto del populismo: ¿hay medidas populistas o solo las hay de izquierdas, de derechas, demagógicas o estúpidas? Los académicos no se ponen de acuerdo. Hoy por ejemplo la derecha populista ha abandonado la defensa del libre mercado en favor del proteccionismo. En ese aspecto su postura le acerca a cierta izquierda. El movimiento puede ser populista, ¿pero lo es también la propuesta concreta? **Ramiro** cree que no: “No está claro si el proteccionismo es de derechas o izquierdas. Decir que algo es una política fiscal o exterior populista es alargar el concepto de una manera excesiva o peligrosa. La demagogia no es populismo”, dice.

Entre los académicos consultados, hay uno que define el populismo como algo más que una mera retórica de campaña: “El populismo es iliberalismo democrático”, dice **Takis Pappas**, profesor en la Universidad de Macedonia, en Tesalónica (Grecia). El objetivo de los políticos populistas no sería tanto presentar una división social, como desmontar la democracia liberal: “Los partidos populistas se enfrentan a instituciones democráticas como la prensa libre, la división de poderes y especialmente la autonomía judicial”, dice Pappas.

Los ejemplos que aporta Pappas son Chávez y Maduro en Venezuela y el Perú bajo Fujimori. Si un líder es el único representante del pueblo, ¿qué necesidad hay de oposición y contrapesos del poder? La idea de que todos los adversarios pertenecen a élite corrupta los deslegitima: si el discurso populista se lleva al extremo, “proyecta una concepción mayoritaria de la política en la que los partidos en el poder sirven supuestamente al pueblo incluso en contra de la ley”, dice **Pappas**.

El populismo deja ver si es más que un discurso cuando toma el poder. En el discurso de **Trump** se ven detalles iliberales. Ahora en el gobierno se mirará con lupa. Pero no todos los populismos implican iliberalismo: “Hay populistas que no usan esos elementos de debilitar la separación de poderes o de intervención peligrosa sobre los medios de comunicación”, dice **Ramiro**.

De Wikipedia, la enciclopedia libre.

## “Populismo”

El **populismo** es una filosofía política que promueve los derechos y el poder del pueblo en su lucha contra una élite privilegiada. Se trata de un concepto difícil de definir con exactitud, con el que se designan realidades diferentes. El uso del calificativo «populista» se hace habitualmente en contextos políticos y de manera peyorativa, sin que del término se desprenda por sí mismo una evidente identificación ideológica, sino estratégica —dentro del espectro izquierda-derecha—. También se ha aplicado en contextos religiosos para calificar a la teología de la liberación y a la teología del pueblo, así como para referirse a la acción política de los grupos económicos concentrados, con la expresión “populismo del capital”.

**Populistas a la derecha, populistas a la izquierda.** Quien dice «populismo» se adentra en un terreno difícil... En todo caso, el concepto de populismo es peyorativo... Hablamos entonces de demagogia, y la demagogia tiene un gran repertorio de métodos.

**Ralf Dahrendorf**

Por su opacidad analítica y utilización ideológica con fines descalificadores, cuestiona la validez científica del populismo como categoría. ¿Sirve una categoría que se le puede aplicar tanto a la coalición de izquierda griega de Syriza como a sus enemigos del movimiento neonazi? Como concepto para entender la realidad, el populismo se ha extinguido.

**Ezequiel Adamovsky**

En sentido contrario Adamovsky considera que los rasgos que se utilizan para definir a una persona o un movimiento como populista son disímiles y no tienen nada en común:

Es un término que se utiliza para definir una serie de fenómenos políticos muy *disímiles* (*desigual*), que no tienen nada en común, y que agrupan por ejemplo a alguien autoritario, misógino, de derecha y xenófobo como Donald Trump y también pretende meter en la misma bolsa a Podemos en España, que en todos esos rubros tiene ideas exactamente opuestas. Pretende meter la ultraderecha junto con la izquierda; a gobiernos de tendencia centro izquierdista latinoamericanos junto con grupos neonazis de Alemania. Y el modo en que los agrupa es metiendo en una misma bolsa justamente todo lo que se aparta de lo que se supone que es el ideal de buena democracia, que no es otra cosa que la democracia liberal. - **Ezequiel Adamovsk**

Es preciso mencionar la contribución de **Ernesto Laclau** en la forma de entender al populismo. Tomando elementos de lingüística y psicoanálisis aborda este fenómeno complejo brindando un esquema conceptual para comprender la constitución de la hegemonía en el populismo.

Quienes piensan que el populismo constituye una corriente política con características objetivas, destacan aspectos como la simplificación dicotómica, el antielitismo (propuestas de igualdad social o que pretendan favorecer a los más débiles), el predominio de los planteamientos emocionales sobre los racionales, la movilización social, etc.

Una parte importante de los estudios latinoamericanos cuestiona el uso eurocéntrico y universalizador del término «populista», cuando se aplica a corrientes políticas latinoamericanas, obviando el estudio puntual y las circunstancias históricas particulares de las mismas.

## Etimología

**Populismo** es un vocablo de suma ambigüedad, ampliamente empleado, y definido por la Real Academia Española como “Tendencia política que pretende atraerse a las clases populares”. Posiblemente el primer movimiento político con esa denominación fue el naródnik (como adjetivo, *naródnichestvo* como sustantivo) ruso del siglo.

## Generalizaciones empíricas

Según Ylarrri los rasgos que más frecuentemente se encuentran presentes en aquellos movimientos sociales catalogados como populistas son los siguientes:



- Rechazo a los profesionales de la política.
- Desconfianza en las instituciones públicas existentes.
- Diálogo directo entre la dirección del movimiento y la base social.
- Fuerte voluntad de movilización y participación.
- Retórica nacionalista.
- Liderazgo caudillista.
- 

## Significados

«Populismo» se usa para designar a la estrategia de las corrientes ideológicas que sostienen la reivindicación del rol del Estado como defensor de los intereses de la generalidad de una población a través del estatismo, el intervencionismo y la seguridad social con el fin de lograr la justicia social y el Estado de bienestar.

## En sentido negativo

El populismo con una «significación peyorativa» es el uso de «medidas de gobierno populares», destinadas a ganar la simpatía de la población, particularmente si esta posee derecho a voto, aun a costa de tomar medidas contrarias al Estado democrático. Sin embargo, a pesar de las características antinstitucionales que pueda tener, su objetivo primordial no es transformar profundamente las estructuras y relaciones sociales, económicas y políticas (en muchos casos los movimientos populistas planean evitarlo), sino preservar el poder y la hegemonía política a través de la popularidad entre las masas.

En sentido general, sectores socialistas y comunistas han utilizado el término «populista» para definir a los Gobiernos que —aun favoreciendo a los «sectores populares» (principalmente a la clase obrera)— no pretenden terminar con el sistema capitalista.

Tanto la economía keynesiana, como una posición crítica de la política exterior de Estados Unidos han sido prácticas sustanciales del populismo latinoamericano, tanto de los años 1930-1950, como la más reciente ola de la «nueva izquierda» de los 2000. En el caso europeo de los 2010, la crítica principal es a la hegemonía y dominio de los intereses políticos alemanes y el sector financiero global.

La crisis de la representación política es una condición necesaria pero no una condición suficiente del populismo. Para completar el cuadro de situación es preciso introducir otro factor: una «crisis en las alturas» a través de la que emerge y gana protagonismo un liderazgo que se postula eficazmente como un liderazgo alternativo y ajeno a la clase política existente. Es él quien, en definitiva, explota las virtualidades de la crisis de representación y lo hace articulando las demandas insatisfechas, el resentimiento político, los sentimientos de marginación, con un discurso que los unifica y llama al rescate de la soberanía popular expropiada por el establecimiento partidario para movilizarla contra un enemigo cuyo perfil concreto si bien varía según el momento histórico —«la oligarquía», «la plutocracia», «los extranjeros»— siempre remite a quienes son considerados como responsables del malestar social y político que experimenta «el pueblo».

En su versión más completa, el populismo comporta entonces una operación de sutura de la crisis de representación por medio de un cambio en los términos del discurso, la constitución de nuevas identidades y el reordenamiento del espacio político con la introducción de una escisión extrainstitucional

Desde un punto de vista opuesto, los sectores conservadores han utilizado el término «populista» para definir a los gobiernos que presentan los intereses de las clases económicamente más altas (grandes grupos económicos, etc.) como separados y contrarios a los de las más bajas consideradas como una mayoría permanente con intereses homogéneos autoevidentes que no requerirían así del pluralismo político, destruyendo la posibilidad del disenso político y del crecimiento económico por vías privadas.

Según Ylarri, el rasgo más característico del populismo es la construcción de la idea del «pueblo» como agente histórico, depositario de las virtudes sociales de justicia y moralidad y responsable del cambio social, confrontado a «otro» que impide el desarrollo del destino del pueblo.

El filósofo español Fernando Savater en una entrevista<sup>31</sup> recogida en El Confidencial por Javier Caraballo ante la pregunta: *¿Podemos concluir, entonces, que el auge de los movimientos populistas y reaccionarios en Europa son fruto de la miseria y de la ignorancia?*, responde estableciendo el siguiente paralelismo: Son una reacción ante la miseria desde la ignorancia. Y previamente, hay un conjunto de factores que se suman: una crisis económica muy severa, promesas políticas incumplidas e ineficacia en la gestión de esa crisis, bolsas de inmigrantes que desequilibran la idea que se tiene de sí mismos en muchos países... En un entorno así, de forma inmediata surgen los curanderos. Eso es lo que ha pasado, igual que cuando a una persona le diagnostican una enfermedad muy grave y acude al curandero o a Lourdes. Eso es el populismo, el curandero de la política que, ante problemas reales, plantea soluciones ilusorias que nacen y anidan en la ignorancia.

## **En sentido positivo**

Varios movimientos sociopolíticos a través de la historia mundial moderna han pretendido que «el pueblo» —es decir, los agricultores y campesinos, los obreros, los pequeños empresarios, el bajo clero, las clases profesionales (médicos, maestros, profesores, contables, ingenieros, empleados públicos, etc.— sea quien ostente el poder en los Estados democráticos, en contra así de las élites o clases dominantes.

Estos movimientos populistas se han basado en las ideas políticas de la cultura autóctona sin reivindicar necesariamente el nacionalismo, y oponiéndose siempre al imperialismo. Ejemplos de este tipo han sido el populismo ruso y el populismo estadounidense del siglo XIX (este último llamado también «productivismo»); el cantonalismo español; el agrarismo mexicano; los carbonarios italianos. Pueden estar influenciados (o no) por una o varias ideologías o proyectos políticos definidos. Sin embargo, normalmente no se adhieren a ellos de forma explícita

En su crítica de la novela *Todos los hombres del rey*, del premio Pulitzer Robert Penn Warren, Esteban Hernández hace un interesante análisis de la relación entre populismo y aristocracia. Hernández sostiene que en los países menos desarrollados, el populismo va de la mano con la lucha contra el hambre, el aumento de impuestos a los ricos y la supeditación del mundo empresarial a la política, tal como fue planteado por Franklin Delano Roosevelt en los Estados Unidos con el New Deal. Hernández señala que, en esos países, el populismo definiría una alternativa a la aristocracia mucho más probable que el comunismo, y que por esa razón ha sido (y es) denostado por los sectores conservadores.

En una conferencia en 2014, los presidentes Enrique Peña Nieto y Barack Obama discutieron el término populista; para el mexicano, el populismo es un peligro que podría "destruir lo construido" y para el norteamericano es "una lucha por la justicia social". Cabe señalar a este respecto que ambos mandatarios se expresan sobre el mismo término en cambio en un contexto semántico distinto (inglés y español). En español la interpretación peyorativa del término ha tenido mayor relevancia o uso en la actualidad que la positiva. En cambio, en Estados Unidos (o la lengua inglesa) no ha sido así, tanto la interpretación positiva como negativa son usadas. Esta mayor dualidad para la lengua inglesa, viene reflejada en las propias definiciones del término en los principales diccionarios de referencia dicha lengua (Merriam-Webster, Collins, Oxford).

## ***Factio popularium* en la antigua Roma**

En el período de la última república romana, aparecieron una serie de líderes llamados populares (o *factiō populārium*, ‘partido o facción de los del pueblo’) que se oponían a la aristocracia tradicional conservadora y apostaban por el uso de las asambleas del pueblo para sacar adelante iniciativas populares destinadas a la mejor distribución de la tierra, el alivio de las deudas de los más pobres y la mayor participación democrática del grueso de la población. Entre sus líderes están varios de los Gracos, Publio Clodio Pulcro, Marco Livio Druso, Sulpicio Rufo, Catilina, Cayo Mario o Julio César.

Este grupo (*factio*) contó con la oposición acérrima del partido aristocrático de los optimates encabezado por Cicerón, que usó su poder político y su retórica para eliminar el poder político (y a veces la vida) de los líderes de los populares.